

La lengua litúrgica en los ritos occidentales

*Sean A. Finnegan*¹

El tema que se va a tratar en la presente exposición quizá no sea tan profundo como otros temas tratados en el marco de este coloquio, pero es susceptible de provocar todo tipo de reacciones apasionadas y contradictorias. Por lo tanto, por fuerza de las circunstancias, tendré que contentarme, en el mejor de los casos, con presentar un panorama general que merecería ser objeto de investigaciones más detalladas en el futuro. Por esta razón, he agrupado las principales consideraciones que se presentan a continuación en tres partes:

- consideraciones históricas,
- reflexiones teológicas y filosóficas
- implicaciones prácticas y pastorales.

1. Consideraciones históricas

Uno de los defectos de nuestra época moderna es pensar que el presente es la suma y la culminación de todo el pasado. La Iglesia está en una posición privilegiada para saber que no es así. Como dijo un gran autor inglés: «No somos más que pigmeos sobre los hombros de gigantes». La historia es la ventana que ilumina la condición del presente y nos enseña a ver las cosas en su verdadera naturaleza. Esto queda demostrado, en particular, por la insistencia con la que la Iglesia repite que la Sagrada Tradición es un órgano verdadero y auténtico de la propia Revelación divina. En este espíritu, mientras preparaba esta exposición, me pareció que lo mínimo era consultar, entre muchos otros documentos, las actas de la preparación y las sesiones del Concilio de Trento. Al leer las actas de las sesiones preparatorias, me llamó mucho la atención hasta qué punto, en sus investigaciones y debates, los padres conciliares se basaban en la Tradición y la historia, y ver los métodos exhaustivos y sistemáticos que aplicaban. Para cada doctrina y cada práctica, se esforzaban claramente por determinar con precisión lo que la Iglesia siempre había practicado, comprendido y creído en su tradición, y por considerar todo ello como normativo y legislativo en relación con lo que entonces se presentaba —o se consideraba— como la práctica de su tiempo. Por supuesto, en sus formulaciones doctrinales, todo concilio ecuménico está a salvo de error, pero lo que se puede afirmar con absoluta certeza es que lo que se adoptó en Trento no fue por casualidad. Del mismo modo, cuando se examina la fe o la práctica católica, siempre es bueno, y diría incluso esencial, establecer cuáles son los precedentes que se pueden encontrar en nuestra historia para determinar si estos arrojan luz sobre el presente, e incluso sobre lo que podría ser el futuro.

¹ Conferencia pronunciada en el IV Coloquio CIEL en Versalles, octubre de 1998.

Desde el Renacimiento y el redescubrimiento de los conocimientos antiguos, lo que incluía el estudio y, en cierta medida, la revitalización de lenguas antiguas como el hebreo y el griego, los cristianos siempre han querido redescubrir cuál era la piedad inicial de la Iglesia cristiana primitiva. Suelen tener una idea utópica, muy extendida aún hoy en día, de lo que se denomina «simplicidad evangélica». Para ellos, todos los desarrollos, añadidos, ornamentaciones y, atrevámonos a decirlo, la belleza, pertenecen a una época posterior, más decadente. Así, Lutero y aquellos que, aún en nuestra época, desean modificar el catolicismo han sido, en cierto modo, picados por el demonio de la sustracción, de la simplificación, del «retorno» a una especie de edad de oro anterior a los añadidos que, en la Edad Media, oscurecieron la noble y racional simplicidad de nuestro culto. Sin embargo, hay que preguntarse si las presunciones en las que se basa esta convicción están fundadas. De hecho, según lo esencial de lo que sabemos, parece que no lo están. Parece que los Padres más antiguos, lejos de presidir cultos con una guitarra y una Biblia como único bagaje, celebraban los sacramentos en un ambiente de profunda reverencia y gran misterio.

La primera celebración de la misa, que comenzó en la Última Cena y encontró su cumplimiento y significado en el sacrificio de Nuestro Señor en el Calvario, casi con toda seguridad no se celebró en lengua vernácula. Todos sabemos que la lengua vernácula de la época era el arameo, y es casi seguro que las oraciones y los salmos se recitaban en hebreo, que era una lengua muerta mucho antes de la época de Nuestro Señor y que, en esencia, solo se utilizaba en la oración. Sin embargo, en la era cristiana, parece que muy pronto se utilizó una especie de lengua comprensible para todos: al menos eso es lo que se deduce tanto de la *Didaché* como de los escritos de San Hipólito². Se supone que el uso de una lengua distinta del hebreo se inspiró en la práctica de los judíos de la diáspora, que empleaban el griego incluso para los textos sagrados, como lo atestigua su traducción —ya antigua en aquella época— de la Biblia, llamada la Septuaginta.

Sin embargo, hay que añadir que no es del todo exacto decir que el griego y luego el latín fueran «lenguas vernáculas». No existía una única lengua latina vulgar, sino numerosas variaciones, como en la Italia moderna, donde, si bien la *lingua toscana in bocca romana* sigue siendo la lengua oficial del país, no es menos cierto que, al menos hasta hace poco, cada región tenía su propio dialecto. Al igual que el italiano moderno, el griego y luego el latín tenían la misma característica de no ser lenguas vernáculas utilizadas en todo el imperio, sino *linguae francae*, es decir, lenguas que permitían que varios grupos lingüísticos vernáculos distintos se entendieran entre sí, como es el caso, por ejemplo, del francés y el inglés en muchos países hoy en día. El estatus de lengua cultural que asumieron sucesivamente el griego y luego el latín se mantuvo hasta una época muy reciente. A principios de este siglo, no era raro que personas de cierta cultura, incluso laicos, conversaran entre sí en latín, mientras que sus respectivas lenguas maternas eran mutuamente ininteligibles.

Así, una vez que las oraciones de la misa y del oficio fueron codificadas y puestas por escrito, tal vez en la época en que la Iglesia se convirtió en Iglesia del Imperio bajo Constantino,

² Al leer la *Didaché* y a San Hipólito, se podría pensar que el celebrante improvisaba el canon de la misa. Si consideramos estos textos como normativos, habría que señalar que, aunque finalmente fue canonizado como mártir, Hipólito mantuvo relaciones bastante turbulentas con la Iglesia; además, yo mismo he oído a algunos preguntarse si la *Didaché* era realmente un texto católico o si no procedía de una secta herética.

estas oraciones tendieron a permanecer en circulación en la lengua en la que fueron redactadas originalmente. Cuando el papa San Gregorio Magno envió a San Agustín a evangelizar Inglaterra, le hizo llevar consigo libros litúrgicos en latín; si bien es cierto que no excluía posibles modificaciones en caso de que San Agustín las considerara útiles, nunca se planteó cambiar la lengua en la que se celebraba el culto público para adoptar una lengua verdaderamente vernácula. En el mismo sentido, cuando Winfrith —o Bonifacio— abandonó Crediton, en Devon, para ir a evangelizar a los paganos de Germania, se llevó consigo libros en latín. Además, durante todo este periodo y hasta la época del Concilio de Trento, se solía afirmar que la misa **solo** podía celebrarse adecuadamente en tres lenguas: el hebreo, el griego y el latín, ya que eran las tres lenguas del *titulum* de la cruz.

Por lo que yo sé, esta situación apenas cambió, en lo que respecta al rito latino, hasta la Reforma. Sin duda, hubo una excepción notable en los ritos orientales. Cuando los santos Cirilo y Metodios llevaron el Evangelio a los eslavos, lo hicieron en lengua eslava, y también celebraban la liturgia en esa lengua. En un principio, fueron alentados en ello por el papa Adriano II, pero en 879 su sucesor, Juan VIII, los reprendió porque celebraban la misa ni en latín ni en griego, *sed barbara, id est Sclavina lingua*³. Sin embargo, apelaron y, al año siguiente, el mismo papa revocó su prohibición y, de hecho, animó a los misioneros a continuar con lo que estaban haciendo, pidiendo simplemente que la epístola y el evangelio se leyeran en latín; cabe suponer que se trataba de la proclamación litúrgica formal, acompañada de una traducción al eslavo. Cabe señalar, en este contexto, que en aquella época no se consideraba que las Escrituras debían proclamarse en lengua vernácula, sino que, para preservar su integridad, era necesario conservar la lengua sagrada. Esta actitud es contraria a la concepción de la época moderna —adoptada por numerosos liturgistas y también, podría decirse, por los Padres del Concilio Vaticano II cuando prescribieron para la misa una selección más amplia de textos de la Palabra de Dios⁴ e incluso por muchas personas que siguen apegadas a la liturgia tradicional—, según la cual la lectura de las Escrituras durante la misa tiene un fin didáctico y, por lo tanto, debe hacerse en lengua vernácula. Por el contrario, parece que, en la antigüedad, la idea era más bien que, en la lectura de las Escrituras, tenemos una especie de epifanía de Dios, el Verbo, que corresponde por analogía al descenso del Señor en su Carne y su Sangre durante la misa: el lugar de la instrucción de los fieles en la fe no era la liturgia, sino otro lugar, la catequesis. Esto nos recuerda una observación hecha por Pius Parsch en la introducción a su libro *Das Jahr des Heils (El año de la salvación)*: «En el Evangelio es Cristo quien aparece y nos habla. No consideremos el Evangelio tanto como una enseñanza, sino más bien como una epifanía de Cristo». »⁵. La liturgia se consideraba algo diferente: un humilde reflejo de la liturgia celestial, que permitía ver, como a través de un velo, el rostro de Dios, y que no debía utilizarse para cosas más terrenales.

³ P.L. CXXVI, col. 849-850.

⁴ *Sacrosanctum Concilium* 35 (1).

⁵ PIUS PARSCH, *Das Jahr des Heils*, Klosterneuburg 1932, p. 16, citado en: KLAUS GAMBER, *La réforme liturgique en question*, Le Barroux: Editions Sainte-Madeleine, 1992. Durante la presentación de esta ponencia en el coloquio, un participante señaló que también había que tener en cuenta la tradición primitiva de la catequesis realizada en el marco de la liturgia, como atestiguan las homilias de san Agustín y san Cirilo de Jerusalén. A este respecto, cabe señalar que solo en la época moderna se ha llegado a considerar el sermón como parte de la liturgia propiamente dicha.

En resumen, en 885 el Papa cambió de opinión una vez más y **SOLO** autorizó una traducción y una presentación aproximadas, en eslavo, de las Escrituras, probablemente después de su lectura en latín y durante el sermón. Sabemos, por otra parte, que este método se practicaba en todo Oriente, por ejemplo en Jerusalén, en la época de la visita de Egeria, la famosa monja viajera del siglo IV, que escuchó las lecturas primero en griego y luego en una traducción al siríaco, y que aún hoy es costumbre entre los coptos, primero en copto y luego en árabe. Evidentemente, se trata de un método que conocemos bien hoy en día, aunque en el rito romano la lectura de las Escrituras en lengua vernácula no forma parte de la liturgia, sino que suele ser **SOLO** un añadido a la homilía. Poco después de esta autorización se produjo el cisma en el que cayeron los eslavos junto con casi todo Oriente.

La prohibición del eslavo fue reiterada por el papa Hildebrando, san Gregorio VII (1073-1085), pero posteriormente esta lengua fue autorizada de nuevo por Inocencio IV (1243-1254) en las regiones donde había sobrevivido en mayor o menor medida: Croacia, Istria, Dalmacia, Bosnia y Eslovenia. Cabe precisar que esta liturgia no era la de San Juan Crisóstomo ni ningún otro rito oriental, sino la liturgia romana en eslavo. Continuó prosperando, bajo el nombre de *missa glagolitica*, hasta el siglo XVII: en esa época, los libros escaseaban y se produjo una cierta hibridación, llamada despectivamente *schiavetto*. Posteriormente, al igual que ocurrió con la adaptación del misal romano en 1965, las partes de la misa cantadas por el pueblo o las respuestas que este daba se hicieron en eslavo, mientras que el resto se tomó del misal latino. Durante el pontificado del papa León XIII, la misa glagolítica experimentó un cierto renacimiento, que ha continuado de forma esporádica desde entonces, con la única interrupción provocada por las reformas generales de los últimos treinta y cinco años. La forma en la que quizá sea más conocida en nuestra época es la que Leos Janacek dio al común de la misa glagolítica. Curiosamente, los oficios del ritual se celebran en croata moderno —que es verdaderamente una lengua vernácula— desde el siglo XVII.

En Europa occidental, el movimiento carolingio tenía como objetivo restablecer una especie de Imperio romano, por lo que fomentó la estabilidad romana en todas sus partes. Por lo tanto, no es de extrañar que, en materia litúrgica, se mantuviera y fomentara el latín como lengua del culto oficial. Dicho esto, la lengua vulgar no quedó completamente excluida : Jungmann cuenta que, en todo el Imperio carolingio, se permitía a los fieles cantar una especie de *Credo* en sus respectivas lenguas⁶ , y una forma de este canto ha sobrevivido, hasta una época relativamente reciente, en algunas regiones de Francia, donde constituía una especie de contrapunto dado por la asamblea al *Credo* recitado en latín por el sacerdote en el altar.

⁶ Jungmann da un ejemplo de canto del *Credo* en alemán, citado por BERTHOLD DE RATISBONA (Predigten, ed. Pfeiffer, I. 498):

Ich gloube an den Vater,
Ich gloube an den Sun
en la Virgen María,
und an den Heiligen Geist. Kyrieleys.

Santo Tomás de Aquino no tiene mucho que decir sobre esta cuestión de la liturgia en lengua vernácula. Se limita a tratar los errores de pronunciación y otros actos o accidentes que pueden ser causa de invalidación⁷.

La lengua vernácula fue admitida en cierta medida en la liturgia, probablemente a finales de la Edad Media, al menos en la liturgia propia del obispado de Salisbury —Sarum Use—, que se celebraba, *mutatis mutandis*, en la mayor parte de las Islas Británicas. Cada domingo o en las grandes fiestas, se recitaba una oración llamada *bidding of Bedes*, que se corresponde muy aproximadamente con nuestra oración universal (o, según el uso inglés, con *las bidding prayers*), en la que se pedía [*bidding*] a los fieles que recitaran oraciones en beneficio de diferentes benefactores de la Iglesia y de otras personas. En cuanto al momento en que se hacían estas oraciones, las opiniones divergen: en realidad, es posible que variara de una región a otra. Algunos especialistas las sitúan en el mismo lugar que ocupa hoy en día la oración universal, es decir, después del *Credo*, al mismo tiempo que el sermón⁸. Tengo entendido que algunas liturgias celebradas en el continente tenían algo similar, llamado oficio de la homilía. Sin embargo, la mayoría de los especialistas piensan que este *bidding of the Bedes*, según la liturgia de la diócesis de Salisbury, tenía lugar en el marco de un rito extralitúrgico al final de la procesión solemne que solía preceder a la misa mayor, procesión que se detenía en el coro durante la lectura de un versículo, una colecta y, probablemente, el *bidding of the Bedes*.

Con sus nuevos conocimientos, el Renacimiento, que siempre había tendido a considerar que la educación era esencial para que la naturaleza humana pudiera alcanzar su pleno potencial, pensaba que todo lo demás era oscurantismo y superstición. La reforma católica anterior a la Reforma emprendió el estudio de las Escrituras en sus lenguas originales para comprenderlas mejor. Cabe citar el ejemplo de la notable *Biblia Complutense* del cardenal Ximénez de Cisneros, preparada entre 1502 y 1517, y la restauración literal —tal y como ellos la entendían— de los textos neotestamentarios y patrísticos emprendida por Erasmo, que publicó una nueva versión en latín en 1516, y Lefèvre d'Étaples, que llegó a traducir el Nuevo Testamento del latín al francés contemporáneo entre 1516 y 1524. A partir de ahí, no es de extrañar que, empezando por Tyndale (en inglés, 1526), Lutero (en alemán, 1534) y Olivétan (en francés, 1535), todos los reformadores realizaran o publicaran traducciones de la Biblia en lengua vernácula. Sin embargo, a medida que se extendía la Reforma, las posiciones se endurecieron rápidamente y, en Inglaterra, la contraofensiva contra las Escrituras en lengua vernácula fue liderada nada menos que por santo Tomás Moro, que era amigo de Erasmo y humanista católico, y que no pudo evitar reaccionar ante la publicación del Nuevo Testamento de Tyndale en Flandes en 1526⁹. Se habían importado innumerables copias, traídas por comerciantes junto con sus mercancías, y cuando se descubrió un importante alijo de

⁷ ST III, q. 60, art. 7.

⁸ En la liturgia que se utiliza en la diócesis de Salisbury, el sermón se predica después del *Credo*.

⁹ En aquella época, Tyndale vivía en el continente, en Suiza y Alemania o sus alrededores. Las autoridades descubrieron lo que estaba tramando y John Cochläus avisó a William Warham, arzobispo de Canterbury, quien hizo todo lo posible por contener el flujo de libros comprándolos en el continente, en su lugar de origen. Para evitar ser procesado, Tyndale se refugió en casa de Felipe de Hesse, el hombre al que Lutero había autorizado a vivir en bigamia.

estas traducciones escondido en almacenes pertenecientes a comerciantes de la Hansa alemana, junto con varios panfletos protestantes en inglés, todo ello fue quemado en Saint Paul's Cross, acompañado de un sermón de San Juan Fisher. Estos hombres, que se habían convertido en defensores del Renacimiento y del renacimiento del conocimiento, descubrieron que el conocimiento —o más bien una cierta forma de conocimiento— se volvía contra la propia Iglesia.

No hubo mucha diferencia entre la traducción de las Escrituras a la lengua vernácula y la traducción de la liturgia. El luteranismo conservó una liturgia en latín, al menos en parte, durante más de cien años, pero todas las demás variantes del protestantismo, que daban tanta importancia a la lectura y la predicación de las Escrituras, adoptaron formas vernáculas. Se sabe que el Concilio de Trento mantuvo serias discusiones sobre si la liturgia podía celebrarse fructíferamente en lengua vernácula. Al parecer, nadie estaba realmente convencido de ello. En la congregación de teólogos del 31 de julio de 1562, Francisco de Sanctio (un español) señaló que, en la evangelización de Francia y Alemania, donde se utilizaba el latín durante la misa, era como arrojar perlas a los cerdos (!). Al final, el concilio concluyó:

«Si bien es cierto que la misa contiene una gran instrucción para los fieles, nunca ha parecido oportuno a los Padres que se celebre en todas partes en lengua vulgar. Por eso, conservándose en cada lugar el antiguo uso de cada Iglesia y el rito aprobado por la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de todas las Iglesias, y para que las ovejas de Cristo no pasen hambre, ni los pequeños pidan pan y no haya quien se lo distribuya, el santo Sínodo exhorta a los pastores y a todos los que tienen a su cargo almas a que expongan con frecuencia durante la celebración de la misa —ya sea ellos mismos o confiándolo a otros— una parte de lo que se lee en la misa y que, por lo demás, expliquen uno u otro misterio de este santísimo sacrificio, en particular el día del Señor y los días festivos»¹⁰.

Cabe destacar con interés que el concilio exige que el comentario —probablemente en lengua vernácula— de la misa se realice «con frecuencia» y que pueda ser presentado incluso por una persona no ordenada. Esto presagia interesantes avances en el siglo XX.

El concilio también promulgó el siguiente canon: «Si alguien dice que la misa solo debe celebrarse en lengua vernácula, que sea anatema»¹¹. Se trata de un canon cuyos ecos, en nuestra época, tampoco carecen de interés.

¹⁰ Sesión 22, 17 de septiembre de 1562. Así es como la comisión preparatoria del 6 de agosto de 1562 presenta las cosas en el capítulo VI: «Ita enim et hujus ineffabilis mysteriis majestas rectius conservatur, et populus excitatur vehementius ad præclare de hoc sacrificio cogitandum. Lingua etiam latina, qua missæ in occidentali ecclesia celebrantur, maxime congruit, si quidem ea pluribus nationibus communis est, neque videtur esse dubitandum, quin, si missæ vulgari cujusque gentisque idiomate peragerentur, divina mysteria minori reverentia colerentur. Esset etiam magnopere periculosum, ne varii in multis translationibus errores nascerentur, qui facerent, ut fidei nostræ mysteria, quæ simplicia sunt, viderentur esse diversa».

A continuación, se incluía una prescripción que autorizaba, los domingos y días festivos, la lectura de la epístola y el evangelio en lengua vernácula. Veremos que el decreto que finalmente se adoptó atenuaba en cierta medida las conclusiones de la comisión preparatoria.

¹¹ «Si quis dixerit, missam nonnisi in lingua vulgari celebrari debere : anathema sit» - texto preparatorio del canon 10 : *De Sacrificio missæ*, 6 de agosto de 1562. El texto citado en el cuerpo de la presente exposición es una traducción del canon propiamente dicho.

Si consideramos que, aún hoy, la Iglesia de China —tanto en sus formas clandestinas como en las comunidades de la llamada Iglesia «patriótica» — constituye un caso especial, ya que sigue utilizando el latín en su liturgia, resulta curioso observar que, en el pasado, China se consideraba un caso particular que requería el uso de la lengua vernácula. El primer ejemplo que tenemos es el de Jean de Montcorvin, misionero franciscano en Tartaria, que se contentó con informar al Papa de que celebraba la liturgia en la lengua local. No parece que esto preocupara demasiado al Santo Padre, quien, en 1307, lo nombró arzobispo de Pekín. Sin embargo, otro ejemplo más famoso fue el de Matteo Ricci, jesuita que fue misionero en China en el siglo XVII y que, en 1615, recibió del Vaticano un amplio margen de maniobra para utilizar el chino en la liturgia de rito latino y, al mismo tiempo, para practicar lo que hoy llamaríamos experiencias de inculturación. Sin embargo, su obra no duró, ya que la controversia sobre el culto a los antepasados la hizo fracasar; tras su muerte, el latín volvió a ser lengua obligatoria.

En Austria-Hungría, el reinado de José II, hijo desafortunado de María Teresa, fue testigo de numerosos intentos fallidos de reforma, entre ellos el de celebrar parte de la liturgia en lengua vernácula, al menos en las posesiones del emperador. En la práctica, esto significaba que la congregación cantaba versiones versificadas, en lengua vernácula, del común de la misa, mientras que el sacerdote celebraba en latín en el altar. Esta tradición se mantuvo y, en algunas iglesias parroquiales de Alemania y Austria, todavía se puede escuchar la *Deutsche Messe*, tal y como la musicalizaron Schubert y Haydn, y que ha recuperado popularidad en el contexto de la liturgia moderna renovada.

Cabe mencionar en este punto un movimiento no católico que es poco conocido fuera de Inglaterra. La mayoría de los europeos saben que, desde el punto de vista doctrinal, la Iglesia de Inglaterra (*Church of England*) no constituye un grupo homogéneo : entre los anglicanos hay personas que se autodenominan anglicanos y que, sin embargo, profesan las doctrinas de Calvino en toda su plenitud, y otros que, aunque también afirman ser anglicanos, profesan todas las doctrinas católicas, incluida la de la infalibilidad del Papa y, curiosamente, al menos en un caso —que conozco de buena tinta—, la convicción de la invalidez de las órdenes anglicanas. Entre estos dos polos, también se encuentran todos los matices posibles. En el siglo XIX, el movimiento de Oxford dio lugar a una serie de variaciones «anglo-católicas», entre las que quizá la más poderosa fue el movimiento «papista» que, al igual que todos los anglo-católicos, consideraba que la Iglesia de Inglaterra formaba parte auténticamente de la Iglesia católica, pero que, lamentablemente, se había separado del cuerpo principal por el desafortunado accidente de la Reforma, añadiendo que la mejor manera de restablecer la unidad con la Iglesia católica era dar a conocer a los ingleses todas sus doctrinas y prácticas, tal y como habían seguido desarrollándose desde la Contrarreforma. Así, a finales del siglo XIX, el *Missale romanum* de 1570 fue traducido al inglés más bello y, aunque a menudo relleno de extractos del *Book of common prayer*, siguió utilizándose hasta las recientes reformas de la liturgia; las Iglesias que anteriormente solían utilizar el misal inglés lo sustituyeron simplemente por el misal romano de 1970, en sus traducciones inglesas más comunes de la ICEL y la ICET, con el leccionario de la Biblia de Jerusalén. La importancia del misal inglés radica en que

se trata de la única traducción verdadera al lenguaje vernáculo¹² del misal tradicional, realizada con el fin de inculcar la práctica y el dogma católicos tradicionales, y que se hizo de manera exhaustiva. A menudo, los anglicanos «papistas» aceptaban nombramientos en los sectores más difíciles, en barrios abandonados desde hacía mucho tiempo por la mayor parte de la Iglesia anglicana, y más concretamente en el East End londinense, entre los más pobres de los pobres. Reunían a los niños que vagaban por las calles, los vestían con una alba y una sobrepelliz, y les enseñaban a servir en la misa y a responder al salmo 42, como lo hacía cualquier niño del continente, salvo que lo hacían en inglés y no en latín. El efecto obtenido fue notable: barrios enteros de las regiones más pobres de Inglaterra volvieron al redil de la Iglesia anglicana, aunque de una manera bastante excepcional y según su concepción de la Iglesia de Inglaterra. Todavía hoy se ven los frutos de ello. Uno de mis amigos es rector de una de estas iglesias, ahora utiliza el misal romano moderno y, en casi todos los aspectos, tanto externos como internos, es casi imposible distinguir esta iglesia y esta congregación de las nuestras. Y añadiré —hecho notable en los sectores no protestantes de la actual Iglesia de Inglaterra— que los fieles son numerosos. Ciertamente, se puede decir que, de una forma u otra, el pueblo ha sido santificado y alimentado por una forma vernácula de la misa, aunque, por supuesto, la gracia recibida no ha sido directamente sacramental, dada la invalidez (de la mayoría) de las órdenes anglicanas.

El siglo XX vio cómo se intensificaba el movimiento a favor del uso de la lengua vernácula, quizá como consecuencia del desarrollo de los métodos de comunicación y, en cualquier caso, de la industria del ocio. Parece que, en esencia, este entusiasmo por la lengua vernácula fue una variante —aunque ampliamente minoritaria— del movimiento litúrgico. Era inevitable que los esfuerzos de este último por hacer participar activamente al pueblo en la misa y otros sacramentos acabaran dando más importancia a las formas de esta participación y condujeran a «renacimientos» y «redescubrimientos» de lo que se creía —o al menos se afirmaba— que era la práctica de épocas anteriores, más ilustradas. Cabe señalar que esta apelación a una época antigua provocó en ocasiones excesos descarados. En Inglaterra y Gales, cuando se introdujeron los ministros laicos del Santísimo Sacramento en la década de 1970, se afirmó a los católicos que solo se estaba retomando la práctica de la Iglesia primitiva y que se trataba de una auténtica tradición. En el contexto de la misa tradicional, la introducción de la misa dialogada se presentó a menudo como un «redescubrimiento». Por lo que yo sé, antes de nuestro siglo, nunca hubo ningún caso en el que toda la congregación recitara el salmo 42 alternándose con el sacerdote. La idea de una misa simplemente hablada es una creación relativamente reciente. En cualquier caso, no hay mucha diferencia entre pedir a los fieles que respondan al sacerdote balbuceando en latín y preguntarse por qué no podrían hacerlo en su lengua materna. Y dado que se animaba a los laicos a recitar el breviario en lengua vulgar, ¿por qué no podría un sacerdote hacer lo mismo cuando le resultaba difícil recitar las matinas o leer los himnos y las colectas?

El movimiento se desarrolló y se llevaron a cabo numerosas experiencias, algunas autorizadas y otras no. Pronunciar los votos matrimoniales en lengua vernácula es una práctica

¹² La missa glagolítica empleaba el eslavo litúrgico y no el croata vulgar.

habitual desde al menos la Edad Media. Y luego, en la década de 1950, se autorizó el uso de la lengua vernácula para el diálogo que acompaña al bautismo. Cuando se le pidió que utilizara la nueva versión, monseñor Ronald Knox, famoso erudito inglés que no carecía de ingenio, respondió con esta respuesta agrídulce: «El bebé no sabe inglés, pero el diablo entiende el latín». En Francia y, creo, en Alemania, se hicieron experimentos en lengua vernácula que se referían a la misa misma. Conozco a personas que, ya en 1960, asistieron en una parroquia francesa a una misa dominical celebrada en gran parte en francés y de cara al pueblo. En muchos lugares, las lecturas de la Escritura y otros textos de la misa se hacían en lengua vernácula, a menudo por un laico, mientras el sacerdote las leía en voz baja en latín en el altar. Es cierto que la situación había llegado a tal punto que había que encontrar una solución.

Quienes tengan la más mínima duda sobre la postura del buen papa Juan respecto al latín, no tienen más que leer la notable constitución apostólica *Veterum sapientia*, publicada el 22 de noviembre de 1962, en vísperas del Concilio Vaticano II y destinada, cabe suponer, a canalizar a los defensores de las lenguas vernáculas que pretendían utilizar el concilio para promover su causa.

Recientemente, el uso del latín ha sido cuestionado en algunos círculos, y muchos preguntan cuál es la opinión de la Santa Sede al respecto. Por ello, hemos decidido publicar las directrices oportunas contenidas en el presente documento, con el fin de garantizar que se mantenga y, en su caso, se restablezca el uso antiguo e ininterrumpido del latín¹³.

Esto es lo que se llama hablar claro y sin rodeos. Sin embargo, con el tiempo se vio que esta iniciativa estaba mal concebida; a largo plazo, su efecto fue insignificante y tal vez supuso el canto del cisne para el latín. Este documento no contenía ninguna prescripción en materia litúrgica y se refería al estudio obligatorio del latín. No sé muy bien cómo se aplicó este texto en el continente, pero en mi seminario, durante aproximadamente un año, las clases se impartían en latín durante la primera mitad y se repetían inmediatamente en lengua vulgar. El resultado fue que se pensaba: «La ley es absurda, pero es la ley». Los estudiantes cuyos conocimientos de latín eran insuficientes para seguir razonamientos teológicos o filosóficos complicados se aburrían y se perdían durante la primera mitad de la clase y, al final, solo habían aprendido la mitad de lo que aprendían anteriormente, cuando las clases se impartían íntegramente en lengua vernácula. El latín se presentaba entonces, evidentemente, como un obstáculo para el conocimiento y como un anacronismo, lo que era exactamente el efecto contrario al que buscaba el papa Juan. De ahí el alivio general cuando, poco después, el latín cayó casi por completo en desuso.

Todos conocemos demasiado bien la historia del latín y las lenguas vernáculas durante los últimos treinta y cinco años, por lo que no tengo intención de volver sobre ella aquí. Pasaré más bien a consideraciones de orden interno.

2. Consideraciones filosóficas y teológicas

¹³ *Veterum Sapientia*, § 13.

Como todos sabemos, ni siquiera el santo sacrificio de la misa es un fin en sí mismo; no es más que un medio para alcanzar un fin o, más concretamente, varios fines, que son la gloria de Dios y la salvación del hombre, tal y como nos recordó el papa Pío XII en su encíclica *Mediator Dei*. De ello se deduce que, para juzgar la forma en que celebramos la misa, debemos ver en qué medida se alcanzan los fines a los que tiende. Es cierto que, *ex opere operato*, la misa celebrada válidamente, sea cual sea la lengua en que se celebre, alcanza perfectamente sus fines; queda la cuestión de los efectos *ex opere operantis*.

Yo diría que, para la mayoría de nosotros, la razón por la que nos sentimos apegados al rito tradicional no se debe, en primer lugar y por encima de todo, a consideraciones teóricas, sino que es fruto de la experiencia. En otras palabras, la celebración de la misa en sus formas tradicionales nos provocaba una emoción espiritual, y sentimos que esta forma es más útil que otras para ayudarnos a alcanzar el objetivo de nuestra salvación eterna. Por supuesto, el estudio que hacemos de la misa nos llevará a la misma conclusión por motivos intelectuales, pero se puede decir que, al menos para la mayoría de nosotros, se trata de motivos a posteriori. Sé por experiencia que, cuando celebro en latín o asisto a una misa celebrada en latín, mi fervor, mi conciencia de lo divino y el sentimiento de plenitud espiritual que experimento son mucho más fuertes que cuando asisto a una misa —o tengo que celebrarla— en lengua vernácula. A esta observación me gustaría añadir otra: por estas mismas razones, es importante que la misa se celebre en dirección al Oriente litúrgico, con las vestimentas adecuadas, que no tienen nada que ver con la ropa de calle, y en un ambiente de recogimiento y piedad. La palabra que resume más o menos esta actitud o experiencia es «trascendencia». Una liturgia que no incluya estos elementos, es decir, que adopte una actitud inmanentista, no alcanzará los mismos fines que una misa que adopte una actitud trascendente. Los defensores de las formas inmanentistas de culto las consideran deseables en sí mismas. Cuando se dialoga con tales teólogos y liturgistas, estos subrayan que los fieles son más activos físicamente, que esto refuerza su sentimiento de pertenencia a una comunidad en la que Nuestro Señor está indudablemente presente, y que ya no se trata de católicos pasivos, «pesos muertos» que asistían a misa sin participar en modo alguno en la acción litúrgica.

Por supuesto, estas personas olvidan que el objetivo mismo de la misa es ir más allá de sí misma. Están tan ocupados admirando el signo que no ven lo que el signo indica. Y así es como pierde su significado y se vacía de todo su sentido. Un signo que no indica nada es absurdo. Se convierte en un fin en sí mismo, es teatro. En las formas tradicionales de la misa, como hemos visto anteriormente, hay varios elementos que contribuyen a esta visión trascendente, «transhorizonte». Es el caso, en particular, del uso de una lengua no vulgar. El sentido de la trascendencia puede, por supuesto, sobrevivir sin este elemento, pero siempre que se hayan conservado la mayoría de los demás elementos, como es el caso del misal anglicano inglés, aparte, por supuesto, de la cuestión de su eficacia *ex opere operato*. Cuanto menos elementos trascendentes contenga, más se acercará la misa al siglo y al mundo, y menos podrá alcanzar los fines para los que fue instituida, al menos *ex opere operantis*. Podrá distraer a los fieles, pero no los fascinará; podrá darles un sentido comunitario, pero es menos probable que los santifique. Y no les animará a ver las cosas que son de arriba, como nos pide el Apóstol.

En este sentido, diría que, si bien es sin duda infinitamente preferible utilizar una lengua no vulgar, esto no es absolutamente esencial.

Ahora me gustaría profundizar un poco más en esta relación entre el lenguaje y la trascendencia. Recientemente, este mismo año, se ha publicado en Inglaterra un libro muy interesante titulado *After language - The liturgical consummation of philosophy*, escrito por una joven licenciada por la Universidad de Cambridge llamada Catherine Pickstock.¹⁴ Su campo de estudio es la filosofía del lenguaje y su relación con la teología, en particular con la liturgia. En esta obra tan particular, que sin duda sentará precedente, estudia las concepciones del lenguaje que tenemos en la actualidad, en particular en relación con la obra del filósofo posmoderno Derrida, y constata que todo el enfoque contemporáneo del lenguaje es fundamentalmente vacío. Remontándose a Platón, estudia una noción más auténtica del lenguaje, en particular en lo que se refiere a la relación entre el Creador y su creación. Concluye que una de las expresiones más refinadas del diálogo correcto y verdaderamente significativo entre Dios y el hombre es la que se encuentra en el rito romano tradicional. Por eso, quizá le sorprenda saber que Catherine Pickstock no es católica, sino anglicana, más concretamente anglo-católica. En su opinión, el lenguaje se ha vuelto cada vez más manipulador a lo largo de los siglos. Sin duda, la manipulación puede tener efectos buenos y malos, al igual que el adoctrinamiento puede tener efectos buenos y malos: «manipulamos» a los niños para enseñarles a no correr por la calle o a no ser egoístas; los manipulamos para enseñarles a rezar y a amar a Dios y al prójimo. Y, evidentemente, la manipulación puede tener efectos perversos. El lenguaje se utiliza casi siempre, de una forma u otra, para cambiar a la persona con la que hablamos: quizá para informarla o para rebatirla; pulsamos un botón y esperamos que ese gesto comunique una respuesta. El lenguaje litúrgico es una forma muy particular de lenguaje. Para empezar, no es manipuladora. Consideremos esas grandes colectas del rito romano que dicen todo y nada a la vez. ¿Por qué le pedimos algo a Dios? Porque es nuestro Padre, que de todos modos sabe mejor que nosotros lo que necesitamos. Al fin y al cabo, somos como esos pajaritos en el nido que abren el pico esperando que su madre los alimente. La liturgia es simplemente una forma de expresarse de la criatura que espera que su Creador y Redentor lleno de amor venga a salvarla: incluso las peticiones específicas que la liturgia dirige a Dios son simbólicas de la necesidad que, en general, tenemos de él; es una toma de conciencia de nuestra relación de completa dependencia de Dios, fundamento absoluto de nuestra existencia. La liturgia es el medio más grande y poderoso para hacerlo, porque no tiene esa característica manipuladora inherente al lenguaje moderno. Simplemente se dirige a Dios como Dios, porque eso es lo que Él es: El que Es. No sirve de nada intentar manipularlo con nuestro balbuceo; nuestras palabras tienen sin duda su lugar, pero la liturgia es el grito de amor inarticulado de la Iglesia por su Esposo, la expresión de su ardiente espera de la consumación de su amor en el banquete de las bodas celestiales, tan perfectamente prefigurado en la recepción de la comunión. En el Espíritu Santo, gritamos: «Padre»; ¿qué más hay que decir?

¹⁴ Catherine Pickstock, *After language - The liturgical consummation of philosophy* Oxford: Blackwell, 1998.

Este es precisamente el objetivo de lo que Catherine Pickstock denomina la voz «apostrófica». Se trata de un lenguaje que tiene un modo y un objetivo diferentes a los del lenguaje corriente. No es en absoluto manipulador, sino esencialmente trascendente. Incluso cuando se utiliza un lenguaje familiar, la voz apostrófica es precisamente —y esto es lo importante— no vernácula. Un lenguaje que no deja de hablarle a Dios de sí mismo para luego pedirle esto o aquello es un lenguaje manipulador y, en última instancia, no permite que se establezca de forma duradera una relación auténtica y fundamentada entre el Creador y la criatura. El dios al que se arenga es un dios que se puede manipular. Ese no es nuestro Dios, el único Dios, y Él ha hecho posible ese modo trascendente en el que podemos, en cierto modo, vislumbrar el borde de su manto.

El otro ejemplo más cercano a esta voz apostólica es quizás el rosario. Como todos sabemos, cuando se ha rezado el rosario durante un tiempo, el significado literal de las oraciones se vuelve cada vez menos importante, e incluso la meditación discursiva de los misterios pasa a un segundo plano. Entonces no somos más que criaturas que, de la mano de María, contemplan a su Creador. El rosario es, en cierto modo, la liturgia por excelencia de los laicos. Quizás quienes rezan el rosario durante la misa sienten lo apropiada que es esta forma de participación, pero esto es algo que no aprobarían los miembros del movimiento litúrgico, convencidos de la necesidad de una participación más activa.

3. Consideraciones prácticas

Hemos establecido que, si bien el uso de la lengua vernácula puede basarse en una serie de precedentes históricos, estos no son muy numerosos y que, por otra parte, desde una perspectiva epistemológica, es preferible dirigirse a Dios en una lengua no vernácula; dicho esto, tarde o temprano, no se puede evitar abordar la cuestión simplemente práctica de la aplicación concreta de todas estas consideraciones. Sin duda, es interesante construir teorías sobre estas cuestiones, pero los aspectos prácticos parecen ahora muy delicados. El pueblo, el pueblo católico, simplemente ha perdido la costumbre del latín, e incluso de una liturgia un poco trascendente. Para muchos católicos de hoy, y en particular para los jóvenes, el uso del latín ya no es una cuestión de nostalgia, sino de innovación. Se trata de introducir un elemento que nunca habrían asociado con el culto. ¿Por qué el latín, en lugar del noruego o el inuit?

En segundo lugar, es indudable que, para quienes asisten por primera vez, los ritos en lengua vernácula son mucho más accesibles que los celebrados en latín. Cuando al menos pueden entender las palabras utilizadas, los paganos que asisten a un bautismo, una boda o un funeral no se sienten completamente desconcertados por lo que está sucediendo. Existe cierta relación entre su vida —esencialmente la televisión— y los esfuerzos que hace el sacerdote por comunicarse con ellos. Un sacerdote que, evidentemente, pasa la mayor parte de su tiempo hablando con Dios en un lenguaje misterioso y que no se preocupa por distraer a sus feligreses, seguramente no causará una gran impresión en aquellos que ya de por sí no entienden lo que hace.

Me parece que aquí la diferencia es la misma que existe entre la «comida rápida» (*fast-food*) y una comida realmente nutritiva. La comida rápida puede resultar atractiva a corto plazo, pero, en última instancia, va en contra de lo que se supone que debe hacer la verdadera comida, es decir, nutrir. El niño que solo come helados acabará muriendo de desnutrición, aunque, paradójicamente, con el estómago lleno. En Inglaterra, y probablemente también en otras partes del mundo, vemos cómo surgen de la noche a la mañana numerosas comunidades protestantes que atraen a cientos de jóvenes con un mensaje a la moda, música atronadora y predicadores de rápido discurso, pero que al cabo de cinco años ya no existen, incapaces de sostener a quienes se precipitaron en masa hacia ellas. Para retomar la expresión utilizada por Nuestro Señor, son semillas que han caído en terreno pedregoso. En la liturgia, el pueblo cristiano debe aprender lo que debe saber para la eternidad: los fieles necesitan descubrirse como criaturas en relación con el Dios que los ha creado. Las semillas deben ser sembradas en buena tierra, donde darán mucho fruto.

Creo que la liturgia católica, sin duda, puede alcanzar su objetivo utilizando la lengua vernácula, siempre y cuando se mantengan con suficiente firmeza los demás elementos, como la «orientación» en el caso de la misa y el lenguaje «sagrado» en lugar de una charla mundana. En algunos casos, puede incluso ser deseable utilizar la lengua vernácula, como dicen los Padres del Concilio Vaticano II. Citaré, por ejemplo, el sacramento de la unción de los enfermos: el hecho es que el enfermo o moribundo, y todos los que asisten a la ceremonia, se interesan más directamente por la acción y las oraciones que constituyen el sacramento y se sienten particularmente conmovidos por la aflicción que reina en ese momento particular, sin mencionar las condiciones prácticas en las que se administra generalmente este sacramento, lo que puede dificultar el uso de textos completos con traducciones para todos los participantes. Pero, en el caso de los sacramentos que son más visiblemente de orden eclesial, de ceremonias en las que la Iglesia se manifiesta claramente como tal, y en particular cuando la comunión eclesial misma es esencial —como es el caso de la misa o la ordenación, y quizás también del bautismo—, por todas las razones que hemos indicado a lo largo de esta exposición, el uso de una lengua litúrgica común no vulgar parece muy deseable.

En tercer lugar, el hecho de que, a lo largo de este siglo, el latín haya dejado de desempeñar un papel preponderante en nuestra cultura plantea sin duda un problema. Hace cien años, no era raro, al menos en Inglaterra, que se enseñara a los seminaristas a hablar latín, y no solo a saber lo suficiente como para poder leerlo. Hoy en día, a pesar de las prescripciones de la Iglesia al respecto, es raro que el latín se enseñe en los seminarios occidentales. Incluso si se pusiera en marcha un programa para reintroducir el latín, habría que ocuparse al mismo tiempo de educar a un clero muy reacio. Pero o se hace eso, o simplemente se acepta que la reintroducción de una liturgia en latín no podrá realizarse durante la generación actual, y se empiezan a hacer planes a largo plazo para que pueda restablecerse en la próxima generación.

En cuarto lugar, hay que señalar que, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, las experiencias litúrgicas en lengua vernácula casi siempre han ido acompañadas de heterodoxia doctrinal. El uso de la lengua sagrada ha sido, en un sentido muy real, una especie de bastión —o al

menos de compañera— de la ortodoxia. Debemos tener claro que, en la actualidad, la Iglesia se enfrenta a problemas mucho más graves que el de la lengua en la que se celebran los sacramentos: muy a menudo, son los propios sacramentos los que se ven atacados. En mi opinión, si se hubiera mantenido el uso de la lengua litúrgica, los daños no habrían sido tan graves, pero, por otra parte, no bastará con restablecer el latín para restaurar todo lo demás.

4. Conclusión

Sin duda, la historia de la Iglesia ha conocido una serie de cambios en materia litúrgica. El breviario de Quignonez, que curiosamente fue ampliamente utilizado por el reformador inglés Cranmer en su *Libro de oración común*, fue sustituido poco después de su introducción. Y, tras la severa poda del calendario practicada después del Concilio de Trento, pronto volvieron a florecer las fiestas de antaño. No es en absoluto imposible que, dado el creciente número de personas que piensan que nuestra religión está en grave peligro, las autoridades eclesásticas hagan algunos esfuerzos para restablecer el latín como verdadera lengua de la Iglesia. Sin embargo, por todas las razones que he mencionado, y aunque creo que hay que restablecer el latín cuando ya se han perdido tantas cosas, no creo que haya llegado aún el momento del latín. Sinceramente, creo que esta restauración será extremadamente difícil de llevar a cabo. Cuando se celebró la primera misa en inglés en mi parroquia natal —por supuesto, todavía era, en esencia, la de San Pío V—, mi padre comentó que le había dado la impresión de no haber asistido a misa; se había sentido muy impactado y había tenido la sensación de no estar en casa. Pero, en aquella época, todavía se tenía un fuerte sentido de la obediencia y el respeto debidos a la Iglesia, y la mayoría de la gente acabó asimilando el cambio. Si se lleva a cabo de forma demasiado brusca, el restablecimiento del latín como lengua litúrgica podría producir el mismo efecto, pero entonces no estaría respaldado por el sentido de la obediencia debida... y podría acabar en la anarquía, lo que a algunos no les desagradaría. Si se plantea, de una forma u otra, reformar o restaurar los ritos actuales, creo que, en lugar de una misa íntegramente en latín, el pueblo aceptaría más fácilmente otros elementos, como la celebración orientada hacia Oriente, la comunión recibida de rodillas e incluso la misa tradicional en sí. Una vez restablecidos estos otros elementos, se podrá coronar todo ello con el restablecimiento de la lengua sagrada. Y, si Dios quiere, quizá no tengamos que esperar demasiado tiempo.